

EL "HOMBRE-COHETE"



Torre de adiestramiento de los pilotos. Aquí se familiarizan con la maniobra de lanzamiento al exterior.

Para lograr su carnet de piloto de aviones a reacción debe:

- 1.º "Subir" hasta los 11.000 metros de altura sin moverse del suelo.
- 2.º Sufrir la "prueba centrífuga" en una lancha "catapultada" a velocidades increíbles.

Luego podrá sentarse en la "butaca proyectora" de un avión para ser despedido al espacio

dejarle caer libremente a fin de disminuir el peligro de la asfixia. Y cuenta: "1... 2... 3... 4... 5...!" El avión se estrella. Reginald cuenta todavía. Hay que seguir contando "1... 2... 3... 4... 5...!" hasta encontrar la anilla del paracaídas. El paracaídas se despliega. ¡Hosanna! Reginald está vivo. A 2.000 metros, el "hombre-cohete", vencido por el exceso de la violencia, como si fuera un niño, solloza tíernamente balanceado bajo su blanca corola por el viento.

Cuando Smith era alumno de la Escuela de Reacción creía que la aviación le pediría muchos sacrificios, pero no absolutamente todos. No sabía que el vuelo a reacción reclama de su piloto hasta la última gota de su conciencia y de su energía.

Ahora que había rizado el rizo comprendía por qué se había hecho de él una especie de Tarzán. Ahora que había afrontado la nada en un salvaje cuerpo a cuerpo a 12.000 metros sabía por qué se le había sometido día tras día a pruebas en "máquinas infernales". Porque no había tenido solamente el aprendizaje del espíritu: cursos, conferencias, catecismo del piloto, largas horas pasadas en el "Linktrainer" (avión fijado en el suelo), maniobrando los mandos, observando los movimientos de las agujas y compases y familiarizándose con todos los procedimientos de vuelo.

LA "CAMARA DE ALTURA"

Había sufrido también las maceraciones del cuerpo. Y en primer lugar, la "Cámara de altura". Se le había conducido ante una especie de máquina totalmente erizada de tubos, volantes, mandos... Parecía la cabina de un submarino, con banquetas para sentarse los alumnos-pilotos. Del techo pendían tubos unidos a un depósito de oxígeno. "Y ahora, muchachos—había dicho el instructor—, vais a hacer "altura" sin moveros del suelo. El aire se va a rarificar en la cámara. Poneos vuestras mascarillas de oxígeno. Yo os haré ascender varias veces a diferentes alturas. Se trata de ver si sois capaces de resistir a la "descompresión explosi-

va" que puede sobrevenir, y entonces hay que mantenerse firmes, con las mascarillas puestas." Hubo un momento de pánico en todos los muchachos cuando las máquinas se pusieron en funcionamiento, con un gruñido sordo, para hacer el vacío. "¡Cinco mil metros! Coged vuestras mascarillas."

El instructor les había hecho ver los mapas del Estado Mayor. A los dos minutos, los ojos de Reginald se enrojecían. El aire se rarificaba cada vez más en la cabina. Seis mil metros. Ocho mil metros. El aparato "subió" hasta los once mil metros. El rostro de Reginald se congestionaba; sus ojos se inyectaban de sangre. "¡Escribid vuestros nombres!" Reginald trató de escribir el suyo. Una vez, dos veces, y su mano casi lo logró, pero lo que realmente había hecho era reemplazar las letras por una sencilla raya torturada. Su "consciencia útil", a los once mil metros de altura, no duraba más de un minuto. Su cabeza vacilaba, hasta que cayó en una niebla a través de la cual sus recuerdos y sus ideas habían perdido toda consistencia y todo dinamismo. Por fin, "descendieron" al suelo.

LA PRUEBA "CENTRIFUGA"

Después vino la prueba "centrífuga": una especie de lancha "catapultada" a velocidades formidables. Esta máquina permite medir las reacciones de un piloto sometido a las aceleraciones y a las "desaceleraciones" más brutales. Si la velocidad fuese uniforme, en efecto, la aviación a reacción no presentaría ningún problema de resistencia física. Pero las aceleraciones y desaceleraciones dan al aparato movimientos de serpiente en un plano horizontal, o de montañas rusas, en el vertical. La sangre del piloto abandona el cerebro y afluye hacia los pies. Se tiene la creencia de que la vida se acaba. Un velo danza ante los ojos. Si la aceleración aumenta y se prolonga, el hombre se desvanece.

La prueba "centrífuga" está destinada a medir lo que dura

PUEBLO

Fin de semana

SUPLEMENTO DE LOS SABADOS

MADRID, SABADO 21 DE MAYO DE 1955



Uniforme protector para el hombre cohete.

exactamente la resistencia del piloto ante su derrumbamiento físico. Reginald, enfundado en su vestimenta especial, la anti-G (G significa "gravedad" y es la medida de la pesantez y de su aceleración), se había sentado en la barca. Durante toda la prueba, no tenía otra cosa que hacer que apretar un botón cada vez que percibía el relámpago de una pequeña ampolla eléctrica colocada ante él.

La máquina había sido lanzada. A 6,6 G, el rostro de Reginald se había deformado. Un rictus alargaba su boca; sus ojos, desorbitados, no veían nada. Se esforzaba en vano por levantar la pierna y el pie. La luz hacía guiños y ya no pensaba en pulsar el botón, como se le había ordenado. Se sumergía en el velo negro. Reginald se desvanecía. A medida que la máquina se iba parando, volvía a la vida. Su primera impresión fué que había sido inferior a su tarea, que había desmerecido, pero el instructor sonreía. Reginald había vencido. Otros diez de sus compañeros fueron eliminados.

LA SUPERIORIDAD DEL "MATERIAL HUMANO"

Es así cómo se selecciona el "material humano" del vuelo a reacción. Pero ¡qué material! Hace algún tiempo, en los Estados Unidos, un aspirante a piloto volaba sobre un "T-33" en compañía de su instructor. Bruscame, todo contacto de radio entre los dos hombres se interrumpió. Un sencillo accidente. Pero el aspirante, presa del pánico, creyó que el instructor se había desvanecido. En el mismo instante accionó su butaca de proyección, pero sin pensar en abrir la vidriera. Fué

"catapultado" en el plexiglas, lo atravesó y se balanceó en seguida bajo su paracaídas. El instructor, consternado, creyó que su acompañante ya no era más que un cadáver, pero el aspirante estaba sano y salvo.

LOS "ROBOTS" DESIERRAN A LOS AVIONES PILOTADOS

Y ahora, sea lo que sea, los "robots" aparecen con todas sus ventajas: de sencilla construcción y poco costosa, son más eficaces y de más fácil empleo que los aviones pilotados. No exigen pistas de lanzamiento; algunas veces, una simple plataforma de camión. En fin, son insensibles a todo lo que contraría al piloto. No tienen sensibilidad, ni piensan, ni padecen depresiones, ni entusiasmos, ni tienen recuerdos por el radar desde su base, son capaces, al aproximarse a los objetivos, de hacerse autónomos gracias a su propio radar y picar derechos sobre el blanco en el que ellos mismos han reparado.

En 1955, el bombardeo por cohetes no es ya una fantasía, sino una realidad que espera la ocasión de manifestarse. Las fuerzas aéreas aliadas de Centroeuropa cuentan con dos escuadrillas equipadas con bombarderos teleguados: los "Glenn Martin T. M. 61 Matador", que despegan por una rampa de lanzamiento. Son subsónicos en vuelo horizontal y supersónicos en el instante del picado sobre el objetivo. Pero una vez lanzados no son recuperables.

Sean cuales sean las soluciones del porvenir, desde luego el papel del piloto de caza estará reducido prácticamente a nada.



Expulsión de un piloto en su asiento proyectable.

ATAVIADO con la combinación neumática anti G, dilatante, el aspirante a "hombre-cohete" (es decir, a piloto de avión a reacción) sube al "Lockeed T 33", de un valor de 160 millones, que él va a pilotar por primera vez. Con él descubrimos que el cielo, a gran velocidad, no produce ninguna clase de mareo. El "hombre-cohete" es, además de un técnico preciso y prudente, la antítesis del "aventurero del cielo". Sigue una vida monacal, en la que el alcohol le está estrictamente prohibido. Aun ciertos alimentos, como las féculas, están proscritos de su menú; son necesarios tres años para hacer un "hombre-cohete", lo que eleva el precio del entrenamiento a 27 millones.

Sólo en el azul, y a 12.000 metros más cerca de los ángeles que el resio de los demás mortales, Reginald Smith se encuentra perdido. El reactor de un "Sabre" ha dejado de funcionar. Reginald es un ser que vive sobre un avión muerto.

Verdaderamente, éstas son cosas que no se pueden olvidar. Usted tenía en el firmamento su aparato, como un purasangre, en las nubes, y de repente se encabría, y en un instante usted comprende que ya es necesario rogar a Dios para que le ayude, si es usted creyente, y si no lo es, será necesario creer en la calidad del material en el que corre usted su última suerte. El espacio es inmenso, pero el tiempo se reduce a las sutiles fracciones de segundos. Reginald sabe que un avión a reacción no planea, no sabe planear, no puede planear. Al término de su carrera, cae como una piedra. Sin tiempo para saltar con paracaídas. Entonces, ¿todo está consumado? ¿Es ya el último adiós?

Todavía no. Por corto que sea el plazo al término del cual se realice la zambullida en el paraíso de los pilotos muertos, todavía le queda a Reginald tiempo para accionar su butaca proyectora o de expulsión. Es ésta la última precaución de la técnica para salvar un capital de 27 millones: el piloto.

Más que un esfuerzo para salvar la humilde vida de un hombre, la butaca de proyección es una concesión a los presupuestos de las aeronáuticas modernas.

Durante el entrenamiento, Reginald ha ensayado veinte veces el sistema de proyección, y por lo tanto, sabe todo lo que debe ocurrir, teóricamente. Una angustia tremenda se apodera de él. Porque una cosa es preservar la vi-

El sereno, ese posible "Guardián del paraíso", una especie de ángel con gorra de plato

La literatura costumbrista aún no se ocupó cumplidamente de esta tradicional institución madrileña

El lunes próximo, día 23, se estrenará en el cine Gran Vía, de Madrid, la película "El guardián del Paraíso", sobre un guión de Manuel Pombo Angulo. El protagonista de esta gran cinta española es un sereno de Madrid, personaje lleno de popularidad, al que el guión ha dado un simpatísimo tinte de humor, y en el cual nuestro primer actor Fernando Fernán-Gómez logra el éxito más señalado de su brillante carrera artística, felizmente acompañado en un reparto estelar por Emma Penella, más bella que nunca, en un papel lleno de ternura, que ha interpretado con simpatía y gracia tal, que señala el paso más decisivo de esta joven estrella en su carrera, presentándose a la capaz de una ductilidad de consumada actriz.

Junto a la pareja protagonista se destacan Roderó y Elvira Quintillán, y todos viven la historia del sereno madrileño —nacido en Galicia, naturalmente—, llena de fantasía, ternura y humor a un tiempo.

El personaje protagonista tiene raíces popularísimas y vive un Madrid de hoy, simpático y alegre, el mismo que encontramos todos a cada paso con sólo salir a la calle.

Nos complace publicar hoy una serie de fotografías de esta película, cuyo "guardián" lo es de un paraíso que se llama Madrid.

—No publique mi nombre ni donde tengo la "plaza"... No debí contarle algunas cosas, pero me fué usted simpático...

—Descuide, hombre; pondré sólo un sereno.

—Vale, amigo...

Así me despedí de uno de los mejores protagonistas de reportaje que he conocido. Gran tipo, en verdad, el de este vigilante nocturno, que tiene su "plaza" en un conocido barrio de Madrid. Un barrio no demasiado moderno y lo suficientemente antiguo como para que sus esquinas se embocan todavía con la luz verdiblanca de los faroles de gas.

La literatura costumbrista aún no dedicó una parrafada verdaderamente entrañable y completa a esta institución nocturna madrileña, paño de lágrimas, a efectos de inspiración, de canta-

bles y piecitas teatrales. El sereno es algo más. Una especie de ángel con gorra de plato que evita el sobresalto a nuestro dormir y vigila nuestra propiedad y la del prójimo. Un filósofo—mo desto filósofo—que rumia cada

INTERRUPCIONES A GOLPE DE PALMADAS

Hablar tranquila y descansadamente con un sereno resulta imposible. De la misma forma que la intervintió con un personaje



Fernán-Gómez, protagonista de "El guardián del paraíso"

noche sus desvelados pensamientos. Un a modo de propietario del censo espiritual de sus custodiados que sabe todo eso que no recogen los padrones: el que es serio, el que trasnocha, el que es espléndido, el que es agarrado... Es una especie también de notario de urgencia, cuando por la noche da fe de que una vida empieza, peligra o se extingue, franqueando la entrada a la comadrona, al médico o al sacerdote.

de cierto postín suele ser interrumpida varias veces por el teléfono, así nuestra conversación con Antonio—no vulnero la promesa—se cercenó en varios tramos a golpe de palmadas de la clientela. Al regresar de cada "servicio", Antonio se creía obligado a revelar la identidad de la persona a quien acababa de abrir el portal de su casa. Así, a las doce y pico, me dijo: —Este es empleado de la Renfe. Hombre muy trabajador. Pero como el sueldo no le llega, se dedica a llevar la contabilidad de un comercio. Ahora viene a cenar y luego se queda trabajando hasta las tantas. Tiene cinco chavales.

Un poco más tarde, vuelta a las palmadas, un "¡voooy...!" de Antonio, seco pero cordial, y...

—Hoy vuelve pronto éste; cosa rara. Es hijo único de una buena familia y le tienen muy consentido. No da golpe, hace que estudia y viene a menudo con una copa de más. Le he visto nacer y me da pena. En cuatro días se va a comer el negocio de los padres.

Cerca de la una pasa junto a nosotros, de prisa, una muchacha. Guapa chica y con buen tipo. Antonio se va tras ella y abre otro portal. El le dice algo que a ella le hace reír. El sereno me explica:

—Magnífica chica. Trabaja en una cafetería, no tiene padres y vive con dos hermanas pequeñas. Tiene un gran mérito. Trabajadora y decente donde las haya. Hacía la una siempre estoy pendiente de su llegada para ahuyentar a algún moscón que le toma el número cambiado...



Rafael Bardem, con Fernán-Gómez, en una escena de "El guardián del paraíso"

TREINTA DUROS POR DOS DEDOS

Pero hablemos algo de Antonio, el sereno. Lleva treinta y un años en esta plaza y tendrá unos cincuenta y cinco. Asturiano, naturalmente, de Cangas de Narcea. Es alto y delgado. A fuerza de sufrir inviernos y veranos tiene el rostro y las manos cubiertos como con piel seca de tambor. Hablando de sus manos diré que en una de ellas le faltan dos dedos. Fue allí, en su pueblo, donde los perdió trabajando en un taller de tornos; le tomó miedo al oficio, le dieron, entonces, treinta duros por sus dedos perdidos—("¡fíjese, a quince duros cada uno!")—y se vino para Madrid a sentar plaza de sereno. Nunca estuvo enfermo. Únicamente cuando llueve mucho o nieva—los años, claro—se le cife a la rodilla izquierda un dolor persistente de reuma que le hace cojear. Pero el chuzo, para estos casos, es un buen compañero y la alta silueta de Antonio se inclina sobre el símbolo de su autoridad como un árbol añejo hacia la tierra.

¿Cómo invierte Antonio el ocio, interrumpido varias veces, de la noche? A las diez y cuarto en invierno, y a las once menos cuarto en verano, ya está merodeando por su calle. Minutos antes del cierre oficial de portales endilga a todos y cada uno de éstos un golpe de chuzo para avisar al portero. Hasta las doce hace los servicios de costumbre, que son todos tranquilos y ya previstos. Pasada esta hora y hasta la salida de los espectadores hay una pausa de inactividad, que Antonio aprovecha para tomarse su primer café en el 7 de la misma calle. Su único vicio. A él se lo hacen especial, de "café-café"; es un antiguo obsequio de su paisano y amigo el dueño del bar. Da gusto ver tomar café al viejo sereno. Cada sorbo le debe llegar hasta los talones, a juzgar por el gesto de complacencia que pone.

TRES LUCES EN LA MADRUGADA

Terminado el "servicio" fuerte, y si el tiempo no lo impide, lee los periódicos de la noche. Se los dejan en el quiosco de la inmediata plazuela. A fuerza de tantos años de lectura, se sabe al dedillo la política internacional, que es su fuerte. Conmigo quiso enhebrar la conversación sobre este terreno, en el que no estoy muy fuerte, pero me escabullí pronto.

¿Qué más hace Antonio du-

rante la noche? A veces echa una parrafada con el sereno de la otra demarcación. Otras veces pasea la calle de arriba abajo, como un enamorado paciente. De cuando en cuando echa una mirada hacia los balcones, para ver encendidas las luces de siempre: la del catedrático que corrige ejercicios, la de la mecanógrafa que hace copias y la del opositor a notarias. Tres chorros de luz por los que se le va la vida a la noche. Primero se apaga la del catedrático, después la del futuro notario y queda sola hasta las tres o así la luz de la mecanógrafa, que con su teclado pone fondo de pulso acelerado a la madrugada.

POR METERSE A REDENTOR...

Por su buen paso, y en mi conversación con Antonio, van saliendo algunas historias de los vecinos de la calle. El sereno me cuenta primero cómo, hace ya unos diez años, estuvieron a punto de desgraciarse por meterse a redentor. En la última casa par de la calle había una pensión propiedad de un matrimonio harto conocido en la vecindad y en todo el barrio por sus continuas peloterías. Una de ellas fué tan estentórea que—era pleno verano—los gritos se despararraban a la calle, provocando las protestas del vecindario. El buen Antonio abrió el portal de la susodicha finca, se presentó en la pensión e intentó poner paz entre los cónyuges. Pero éstos—"dos bellísimas personas, en el fondo", me dice Antonio—, lejos de agradecer los buenos oficios del vigilante nocturno, la emprendieron contra él tan unánimemente, que le dejaron maltratado durante tres días. Antonio pudo haberles reducido con poco esfuerzo, pero le dió lástima...

"¡ANTONIO, ES UNA NIÑA!"

Después me cuenta el sereno una anécdota ciertamente graciosa. Fue hace un par de años. —En la misma casa donde está la ferretería vivía un matrimonio con seis hijos, todos varones. Yo conocía bastante al padre porque era camarero, y todas las noches estábamos un rato de charla hablando el siempre de lo mismo: de que estaba harto de tanto chulo y que deseaba que el próximo acontecimiento matrimonial terminara en una niña. Durante varios días estuve al tanto, porque era inminente el "acontecimiento". Un día, cuando ya estaba amaneciendo, oigo que me llaman desde un balcón a gritos:

"¡Antonio, Antonio...!" Me imaginé que alguien podía socorro, que fuese algún fuego, que hubieran entrado ladrones, ¡qué sé yo! ¿Y sabe usted lo que era? Pues el camarero, para decirme a gritos, loco de contento, que acababa de tener una hija. No para aquí la cosa, sino que fui padrino de la criatura...

NO ERA UN LADRON

Pero a Antonio aún le quedaba dentro otra historia. Una historia de patetismo y ternura que, después de relatarla, parece que se arrepintió de hacerla. Ocurrió en aquel invierno de 1940 en el que tanto escaseaba la comida. En lo que hoy es mercería, hacia el centro de la calle, había un economato de viveres. Una noche, al revisar los clerres del mismo, oyo dentro un ruido sospechoso. Permaneció a la escucha durante algún tiempo y se confirmó en su suposición de que algún ratero se había introducido. Levantó rápidamente el cierre y chuzo en ristre se introdujo en el almacén. Encendió las luces y localizó en un rincón, temblando como un pájaro, a un hombre que apretaba contra sí varios paquetes. Un ladrón. Antonio le arrebató lo sustraído, devolviéndolo a su lugar; le echó mano a un brazo y, calle adelante, enfiló con él hacia la Comisaría. El ladrón, hombre de unos cuarenta años, no hizo resistencia. El sereno le fué recorrimando por el camino y, a muy pocos pasos, el ratero se le cayó al suelo casi exánime. Al vigilante nocturno aquello le pareció un tanto extraño, y más todavía cuando el hombre comenzó a llorar con un lloro que no podía ser fingido. Poco después, también lo hubieron hecho de buena gana Antonio. No se trataba de un ladrón; aquél era un hombre que, desesperado, con la peor de las desesperaciones, había dejado su casa para robar por primera vez... Para robar y dar de comer a sus hijos.

No le llevó a la Comisaría. La única ocasión en que no cumplió con su deber. Y para "castigar-se" a sí mismo, al día siguiente ponía en manos del fracasado ladrón un paquete de viandas que rebañó los ahorros del gran Antonio. Porque él es así: en teniendo café, lo demás le importa un bledo.

Me despedí, pues ya es hora, de este auténtico personaje nocturno de Madrid. Antonio da media vuelta y su figura se hunde como una quilla en la penumbra de "su" calle. Buen tipo éste, ¿verdad?

Juan Francisco PUCH



Elvira Quintillán y Fernando Fernán-Gómez, ante la Cibola



"Manuel", el sereno protagonista, lee en PUEBLO una de sus estupendas aventuras

VENTURA Y DESVENTURA DE UN MADRILEÑO EXCURSIONISTA

Fin de semana "week-end" o merendola dominguera

"CAMPING" Y TORTILLA DE ESCABECHE



Cola ante las ventanillas de la R. E. N. F. E.

Decididamente, el madrileño es un héroe. Desde hace unos años siente la necesidad de un fin de semana, transcurrido en el campo, de un "week-end", al igual que cualquier americano. Claro que, con algunas diferen-

cias básicas. El yanqui cuenta con un coche y un "bungalow", bien situado en una zona apacible. El madrileño posee en su haber sólo una bicicleta y una tienda de campaña desplegable. Esto, claro, en términos generales. Por eso hemos dicho que el madrileño, madrileño, es un héroe.

Y empieza el problema. Una vez discutido el lugar del venturoso fin de semana, se espera ansiosamente el domingo.

PRIMEROS MOMENTOS

A las seis de la mañana suena el despertador, colocado en la mesilla de noche. El madrileño, asustado, se incorpora en la cama. De un manotazo apaga el sonido del artefacto y suspira al contemplar la cama calentita y suave. La casa se pone en movimiento. Empiezan a surgir los demás componentes de la familia, en forma de fantasmas somnolientos, que discuten por la posesión del único cuarto de baño. Se oyen algunas voces:

—¿Que vamos a llegar tarde!
—Vamos, Juanito, sal a afeitarte al pasillo y deja que tu hermano se lave.
—¿Ha visto alguien la cesta grande de paja, la del año pasado?

Al cabo de algunos minutos, los ánimos se van apaciguando. Juanito acaba por ceder, el hermano consigue lavarse e incluso aparece la cesta grande de paja. Todos a misa.

CAMINO DE LA ESTACION

—Mamá, ¿dejamos los paquetes en la portería o los llevamos a la iglesia?

Se discute el asunto y deciden salir de la casa con toda la impedimenta, antes de dejarla a la portería que, ¡sabe Dios lo que haría con ella!

—A lo mejor pellizca la tortilla de escabeche.

Concluido el pequeño requisito religioso, se encaminan a la estación.

Hasta entonces, las calles estaban casi desiertas. Pero apenas el madrileño y su familia se introducen en el Metro, vía Noroeste, parece que todos los madrileños y sus familias han tenido la misma idea.

Diez minutos, doce, un cuarto de hora. El Metro ha llegado a su destino y los excursionistas salen del encierro. Empiezan las carreras. La familia ha estudiado bien el plan de ataque. Mientras unos van a sacar los billetes; los otros, con caras indiferentes, pasarán ante el hombre de la

puerta del andén para coger buen sitio en el tren.

ASTUTA TECNICA DEL EXCURSIONISTA

Terrible desilusión. El tren está de bote en bote. La familia avanza.

—¡Vamos a los vagones de cabeza, que van más vacíos!—se oye decir.

—Más adelante aún.

—Pero, mamá, si esto es la máquina.

Retroceden, avanzan. Todo inútil. Sólo piernas, multitud de piernas, como bosques de columnas, se ven a través de las puertas abiertas del vagón.

Porque en esto reside la técnica del sabio excursionista.

Una vez que una veintena de personas han logrado posar su planta en el vagón o en el furgón de equipajes, que a veces también se viaja en él, han de impedir que un solo pie más participe de la dicha. Todo consiste, pues, en situarse a los lados del vagón, junto a las puertas y



El asalto al eléctrico

Palabras infalibles cuando el intruso es una mujer.
—¿Qué pisotones!
—¿Qué calor!

EL INTRUSO

Sin embargo, existen intrusos cabezotas. Por lo general, suelen venir acompañados de tres o cuatro crios y seis o siete maletas y bultos pequeños.

Pese a lo oído y expuesto suben la escalerilla y gritan a los de abajo.

—¡Eh, subir, que aquí hay sitio!

El desaliento, el furor, crecen en el lugar hasta entonces inaccesible. Una ola de antipatía se levanta hacia el recién llegado.

—¡Ir dándome paquetes.

Cada cesta que sube es un golpe que reciben los antiguos defensores de la fortaleza.

—¡Uno..., do..., la caña de pescar..., la merienda..., la bota...

La indignación crece. Alguien se atreve a decir:

—¿Qué barbaridad! ¿No ve que no hay sitio?

El intruso hace caso omiso de la objeción y sigue izando paquetes y niños.

—Permite, "permite"...

Cada "permite" es un paquete o un niño colocado. Al final, niños y paquetes quedan instalados encima de los pies o entre dos costillas de los viejos ocupantes.

po a sus hijos. Ha abierto sus puertas de par en par para gozo y regalo de los vecinos de la Villa.

Desde muy temprano también, grupos de nómadas con redes, cestas y maletas se encaminan al lugar.

La Casa de Campo está dividida en tres zonas. La primera corresponde a los primeros metros de terreno. En ella se instalan los madrileños que cuentan sólo con sus piernas como medio de locomoción. La segunda, de unos metros más allá, corresponde a los madrileños andarines o a los que tienen, por lo menos, una bicicleta con sillín supletorio. La tercera está reservada para las motos, los coches y las furgonetas.

¿Cómo goza el madrileño con su día de campo! Se echa en el suelo, cubierto por una hierba verde y dulce. Como en sueños, desfilan algunos momentos de la semana transcurrida: la oficina..., el despacho..., la tienda..., el jefe..., el director... El madrileño sonríe y aun se despepeza mejor sobre la tierra blanda, mientras el sol se entretiene formando sombras extrañas en la cara del hombre feliz.

EL PARDO

También El Pardo recibe el domingo la visita de los vecinos.



Desfile de excursionistas por las carreteras inmediatas a la capital

HORAS DE ANGSTIA

Hace un calor de infierno. Incluso algunos diablitos han pedido permiso al Diablo Mayor para salir y entretenerse con los madrileños excursionistas. Han tomado la forma de moscas, mosquitos o simples tornillos que no dejan que las ventanillas estén abiertas.

La hora de salida del convoy ha sonado, pero nada, el tren sigue fijo en sus rieles sin moverse ni un milímetro. Se mira al reloj, se limpia la frente llena de sudor, se rumorea algo de la Renfe.

El ejemplo cunde, pero el tren sigue inmóvil. Algunos, para entretenerse, piensan en el lugar fresco que les aguarda. El río para remojarse. La botella de vino, nadando con el corcho hacia arriba..., las cerezas jugosas...

—¡De repente, un pisotón!

—¡Ay!

Vuelta a la realidad. El tren sigue como clavado en el andén. Las voces, los ruidos, las quejas continúan.

Un suspiro de alivio se eleva de la oruga vocinglera cuando el factor se decide al fin a dar la orden de marcha.

Y allá van nuestros amigos, héroes de la excursión fin de semana, traqueteados y bien movidos como en una coctelera.

CASA DE CAMPO

El Ayuntamiento, siempre el Ayuntamiento previsor y paternal, ha cedido la Casa de Cam-

unos camiones grandes transportan de hora en hora a los viajeros hasta aquel lugar.

Algunos se quedan en medio del camino. La Playa de Madrid llama poderosamente la atención. El río Manzanares, pese a todo, es un río, y un chapuzón en sus aguas resulta tan agradable como si se tratase del Duero.

La indumentaria de los madrileños cambia para este viaje. Se ven bolsas de lona, gorras con visera y muchos pantalones pirata de colorines para las damas. Una máquina de fotografía y un sombrero de paja de alas grandes.

REGRESO

Y llega la hora del retorno. Las carreteras para este viaje. Se ven llenas de coches y motos con señorita sentada en el sillín de atrás. Algunas bicicletas con cestos de mimbre, en los que patalea el pequeño de la familia, y filas de caminantes por las cunetas.

Madrid sale a recibirlos con las luces y los anuncios encendidos.

El tren pita en la estación anunciando su vuelta. Si a la ida fueron los viajeros como líquido en coctelera, a la vuelta resultan como croquetas bien maceradas.

Después de todo, hay que dar razón a quienes dicen que la materia no cambia, sólo se transforma. Y en este caso, el madrileño es un héroe!

Maria Pura RAMOS

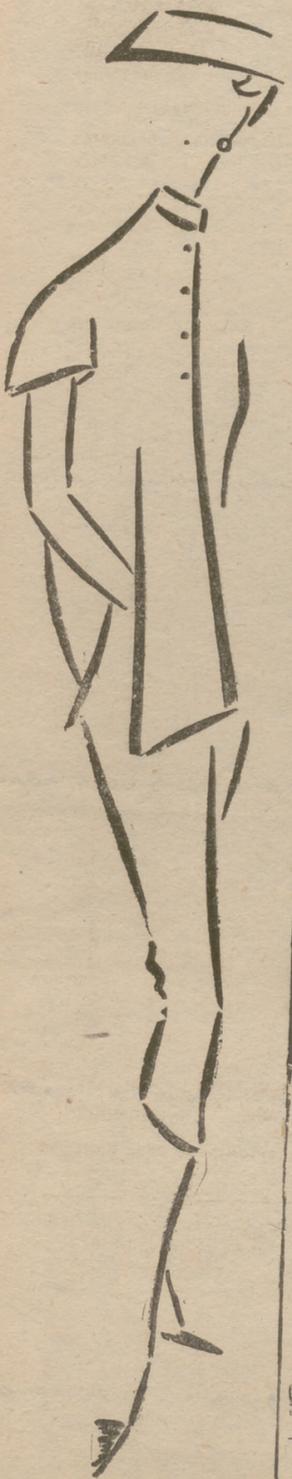
DESPUES de la entrada en nuestras casas de la radio, la televisión y la electricidad, he aquí que un nuevo duende ha invadido nuestra cocina. Un duende conocido, sí, pero, al fin y al cabo, un duende: la electricidad. El último paso que se ha dado en este aspecto fué en la creación de una nueva nevera eléctrica. Hizo su presentación David Sarnoff, presidente de la Radio Corporation of America, ante un Consejo de ingenieros electricistas de Nueva York. La nueva "joya" casera presenta la innovación de que no requiere ningún motor o compresor para producir el frío. El funcionamiento se basa en un efecto eléctrico que fué descubierto hace ciento veinte años por un físico francés, Charles Peltier, y que hasta ahora no había tenido aplicación práctica. Peltier descubrió que, haciendo pasar corriente a través de una pieza formada por dos metales distintos, se produce en dicha pieza o una subida o una bajada de temperatura, según la dirección de la corriente. La aplicación práctica de este efecto fué realizada por un técnico de la R. C. A., Nils Lindenblad, que hizo pasar una corriente a través de una serie de piezas, con lo que logró bajar la temperatura hasta convertir en hielo el agua que había colocado alrededor de las piezas. En este primer ensayo la cantidad de agua empleada fué muy pequeña. Después se perfeccionó hasta conseguir el nuevo tipo de nevera eléctrica. El mecanismo es silencioso, y la única parte móvil es una bomba que hace circular el agua necesaria. Lindenblad, sin embargo, piensa en la manera de conseguir que el movimiento del agua se realice electrónicamente.



Estos primeros días de calor son aprovechados por los madrileños para sus modestos "pic-nics".

Ideas, todas las que queráis, pero BAJO UN PEINADO ATRACTIVO

La originalidad femenina se sube a la cabeza.--
Y la primavera sirve para ponérsela en la frente



COMENZAREMOS explicando las diez ideas sobre las que se asienta la moda femenina para los peinados veraniegos.

Primero. El peinado debe ser práctico, elegante, cómodo y femenino.

Segundo. El cabello se corta bastante más largo en el lugar de la cabeza, donde favorece especialmente; el resto bien cortito.

Tercero. El corte debe ser cuidadosamente estudiado.

Cuarto. Las permanentes han de hacerse de rizos muy ahuecados.

Quinto. Colores naturales.

Sexto. Para la noche muchos adornos originales en los cabellos.

Séptimo. Un tipo distinto de peinado para cada tipo de mujer.

Octavo. Un peinado distinto para cada circunstancia.

Noveno. Si vuestro cabello se cae con demasiada frecuencia visitad al especialista. Puede ser causa de esta anomalía el exceso de grasa en el cuero cabelludo; pero más bien es índice de mala nutrición.

Décimo. Maquillaje y cabello en colores adecuados.

SEÑORAS ELEGANTONAS QUE HACEN MUCHA VIDA DE SOCIEDAD

Este verano debéis confundir las estaciones y emplead la primavera para lucirla en la frente. Según vuestra fantasía y vuestra audacia podéis adornar vuestros cabellos así a la hora de cenar o bailar por la noche fuera de casa:

Rubias: Guirnalda de margaritas y pendientes con un clip de la misma flor.

Morenas: Tres rosas grandes casi caídas sobre la frente.

Para un rostro muy sentimental: un grupo de glicinas a un lado de la cabeza. Para un rostro enigmático: velillos de colores apropiados al traje y que den

misterio a los semiocultos ojos.

En las grandes fiestas: las joyas se suben a la cabeza. Como guía de la imaginación de las lectoras daremos algunas ideas: Motivos egipcios caen sobre la frente un poco a la manera del tocado de Cleopatra y Nefertiti. Los clips más llamativos de vuestra colección debéis lucirlos recogiendo los mechones más rebeldes de vuestro cabello.



SEÑORAS QUE HAN PERDIDO UN POQUITO DE PELO

Existen postizos sensacionales, debéis emplearlos sobre la frente en forma de rizos, si os favorecen así, o en la nuca, dando

una forma bonita a vuestra cabeza.

Generalmente, la pérdida de pelo llega con la edad. Si no sois muy jóvenes, elegid peinados muy discretos y sencillos, en los que haya una preocupación por marcar la nobleza del óvalo de vuestro rostro.

LAS ORIGINALES Y LAS DEPORTIVAS

Las mujeres que adoran la originalidad deben decidirse por un corte de pelo asimétrico, casi agresivo. Las deportivas o las mujeres muy ocupadas que tienen poco tiempo para su arreglo personal, deben decidirse por el cabello muy corto, con una permanente floja, que deben repetir cada tres meses si quieren ir bien peinadas. Esta permanente, para las que no tienen la fortuna de tener el pelo naturalmente rizado, es aconsejable que sea de buena calidad, resistente al agua de la playa y cortada de tal modo que el viento no desfigure el peinado totalmente.

CUIDADOS DEL CABELLO

Cepilladlo todos los días cuidadosamente, lavado una vez por semana; si lo tenéis muy seco vuelve a recuperar su brillo y flexibilidad friccionándolo con el siguiente preparado: aceite de almendras dulces, 30 c. c.; alcoholato de romero, 120 c. c.; y agua de miel, 60 c. c. Nada de permanentes antes de los dieciocho años; antes del lavado, una vez al mes, friccionad vuestro cabello con una buena crema apropiada, o con aceite de oliva de buena calidad, o con aceite ricino desodorado dad un buen masaje al cuero cabelludo y al aclarar el pelo emplead un poco de vinagre o zumo de limón; si lleváis el pelo de color natural, unos reflejos le darán un aspecto más brillante; si vuestra cara tiene un gesto de fatiga, desechad los colores vio-



Traje de piqué azul turquesa, modelo Emanuel. (Foto Basabe.)

lentos y fuertes en el teñido, porque endurecen las líneas del

rostro; cuando os tiñáis el cabello de un nuevo color, no olvidéis cambiar también el color de todos vuestros elementos de maquillaje.

FINAL

Y bajo el peinado, procurad tener en la cabecita unas ideas tan cuidadosamente estudiadas y dignas de preocupación como vuestro corte de pelo... por lo menos.



Pierre et René

Elizabeth Arden

Coma et Alexandre

CONTESTACION A MARIA CELINA

Por esta vez perdone a su novio, hija mía, pero en adelante rehuya la ocasión en que pueda repetirse. Es esta la mejor manera de solucionar un problema que, en realidad, no tiene solución fácil.

En su trato, jovencita, procure ser muy cariñosa y agradable, con lo que su novio se sentirá convencido de su cariño, que no se demuestra precisamente con concesiones que sólo quitan transparencia al alma.

Para que su cutis adquiera suavidad y tersura siga el tratamiento siguiente: Después del lavado corriente del rostro por la mañana, diariamente, dese una capa ligera de la crema, cuya fórmula le detallo, y extiéndala con suave masaje que la reparta por un igual en todas las regiones de su cara:

Lanolina, 20 gramos; manteca de cacao, siete; cera blanca, siete; aceite de almendras dulces, 30; agua de azahar, 15; tintura de benjuí, 2,5.

Cuanto más rato deje en contacto su cutis con la crema, tanto mejor. Pocos minutos antes de empolvarse, ponga agua clara en una jofaina, a la temperatura del tiempo, y chapotee en ella con ligereza para que el agua le salpique el rostro, rociándolo también por un igual en todas sus partes y sin dejarlo demasiado empapado. Con una toalla fina, séquese, pero sin restregar, o sea, dán-

DE MUJER A MUJER

dose suaves palmaditas con ella para que absorba la humedad sin dejar la piel reseca y sin vestigio de crema. Puede empolvarse a continuación.

Por las noches no se acuerde nunca sin haberse desmaquillado bien con un buen coldcream.

CONTESTACION A MARY

Puede lavar su falda de gласé con gasolina. Para ello, súmela sin restregar y adoptando la precaución de estar muy lejos del fuego, para impedir cualquier clase de accidente. Enjuague después la prenda en otra bencina limpia.

Una vez seca la falda, para devolverle el apresto dentro de lo posible, humedezca la tela por igual con una solución preparada por maceración de:

Agua, 5 litros.

Goma tragacanto, 125 gramos.

Plancha la prenda por el revés.

No me sorprende en absoluto ese fracaso, una vez llevada a la realidad lo que parecía su más grande ilusión. El corazón sufre sus metamorfosis

con el tiempo; el cambio experimentado tiene cierta relación con la transformación física y espiritual de las personas. El corazón de chiquillo de su ex novio se enamoró del de chiquilla de usted, y como no se vieron en largos años, el recuerdo sentimental que quedó en él rendía culto a una niña que no siguió siendo igual, porque los años no pasaron en vano y se trocó en mujer, no diré ni mejor ni peor; sólo diferente.

No es que el modo de ser fuera distinto. Simplemente había evolucionado, como es natural, madurando como madura el ser humano con el tiempo, corporal y moralmente.

Sepa hacer frente a ese razoncillo que no se ha visto correspondido, ordenándole un adiós a rajatabla a una ilusión que con el tiempo olvidará, porque, por fortuna, hija mía, los fracasos amorosos son quizá los que se olvidan más rápidamente.

Querida Nuria María: Como soy lectora asidua de PUEBLO, y en particular de sus inteligentes colaboraciones, me per-

mito molestarle con mis dudas.

Hay cerca de casa una mujer de esas de pésimos antecedentes que hace tres años se trajo una niña de nueve años del pueblo que ella es. Según la pequeña explicó, sus papas habían muerto y esa mujer la recogió. Pero, señora, ¿para qué? Tiene doce años y no ha crecido ni un centímetro desde que vino. Hace de criada de ella, apenas le da de comer y aún la manda hacer recados para el vecindario, y la está esperando para que le dé los cuarenta o cincuenta céntimos que le dan de propina. Además le pega. Un señor se ha encargado de avisar a la autoridad, y, claro, vendrá aquello de que se la podrá prohibir. Yo quisiera recogerla, no tenemos hijos y me da mucha pena. Siempre que la veo la hago entrar y le doy algo de comer. Ella se lo come con una cara de pena que rompe el alma. Un día me dijo que ella pensaba que su ángel de la guarda tenía la misma cara que yo.

Mi esposo, sin negarse francamente, se muestra un poco reacio, pues dice que a saber quénes serían sus padres y que nos puede salir una desagradable sorpresa. Además no somos ricos. ¡Yo la querría tanto! Seguiré su consejo y se lo haré leer a mi marido, que dice que usted es muy sabia.

Le besa agradecida la mano.

M. BARRIL

PUEBLO rinde homenaje a las madres españolas

Poetas, pintores, novelistas, escultores... hombres de todas las nacionalidades y de todos los tiempos, han cantado una y otra vez las virtudes de las más heroicas, generosas y abnegadas de las mujeres: las madres. Todos nosotros conocemos alguna cuya sencillez y conmovedora historia ha emocionado nuestro corazón. PUEBLO se dispone a rendir homenaje a estas heroínas de la vida cotidiana.

En nuestro suplemento Fin de Semana aparecerá próximamente una amplia información sobre este homenaje-concurso, en el que rendiremos tributo de admiración y cariño a las madres españolas, con el concurso de nuestros lectores.

Originalísima línea veraniega, creada por Pedro Rodríguez. El traje está confeccionado en algodón blanco con rayas beige y resulta cómodo y elegantísimo a un tiempo.

Se cuenta de Jorge Washington que cuando se discutía uno de los presupuestos en el Congreso de los Estados Unidos, un diputado presentó una moción para que el ejército de tierra se limitase a 3.000 hombres. Entendió el diputado en cuestión que los Estados Unidos no estaban en condición de sostener un ejército mayor. Entonces se levantó Jorge Washington y propuso:

—Perfectamente; no hay inconveniente en aceptar esa cifra, siempre que se añada al proyecto otro artículo que diga así: "No se permitirá que los ejércitos enemigos de los Estados Unidos tengan efectivos superiores a los 3.000 hombres."



LA MARCA DE KANE

Charles Franklin



lentamente—cuando el señor Leander Miles llamó a mi puerta con una pistola en la mano y me advirtió que apartara la nariz del asunto de la muerte de Robin.

Patricia le miró fijamente en silencio unos instantes, desmesuradamente abiertos sus brillantes ojos azules.

—¡Así que fué Leander!—murmuró con incredulidad.

Garfield la cogió del brazo.

—Sí. ¿Quién es exactamente?

—Uno de los individuos con quien una suele encontrarse por ahí.

Garfield le acarició la mano.

—No intente escapárseme con subterfugios, Pat. Usted no me engaña al intentar convencerme de que se reúne con esta clase de gente por simple placer.

La joven trató de libertar su mano.

—Me está usted haciendo daño y está mostrándose muy descortés. ¿Cómo puedo yo decirle a usted la clase de persona que es? Tiene buen aspecto, es guapo y habla bien. No sé más. Suélteme la mano.

Garfield obedeció.

—Su señoría sabe un montón de cosas más de las que admite.

Durante un instante en los ojos azules de la joven brilló una expresión de enfado.

—No me diga usted eso—exclamó la joven, con una imperiosa voz. No me gusta.

Garfield se echó a reír.

—Hasta la pobre Roxy conoce el rumor de que su padre de usted es un lord, querida, y la tiene usted muy intrigada. ¿Por qué no es usted misma, Pat? No debe usted falsear su personalidad.

—Soy yo misma—contestó la joven. El enfado de sus ojos desapareció tan fácilmente como había surgido—.

Pat Harding es un nombre bastante bueno para mí, y usted me estaba dedicando los más extravagantes cumplidos antes de que el champañita se le subiera a la cabeza.

—No diga tonterías. Sea usted misma y sea también amable, o como se diga. Pero a mí no me gusta cuando habla de esos pequeños "gangsters" baratos como de amigos suyos.

—Claro que no son mis amigos, Grant. Usted me preguntó. Leander Miles forma parte de la misma banda que Robin. Y no tiene usted necesidad de sentir celos de él, pues es muy raro... no le interesan las mujeres.

Garfield hizo un gesto.

—¿De modo que se trata de uno de los compañeros de Robin?

—No sé si eran amigos particularmente—la joven tiró de pronto de la manga de Garfield—. ¡Oh, mire! Aquí está de nuevo ese horror de Fleet Street. Aunque supongo que es mejor que nos torture a nosotros que no a Roxy.

—Mucho mejor—contestó Garfield—. Y no se burle de él, Pat. Es el reportero de sucesos más listo de Londres. Creo que anda detrás de una caza mucho más importante que una triste historia sobre Roxy.

—¿Qué supone usted que hay detrás de todo esto, Grant?

—No lo sé ni me importa mucho. Lo que yo quiero es que usted no sienta demasiado interés por ello—alzó la vista, y sus ojos se encontraron con la ardiente mirada del reportero del "Daily Post"—.

Y bien, Randall: ¿todavía anda usted detrás del Interés humano?

Sin que nadie se lo pidiera, Randall tomó asiento, sacó de su bolsillo un arrugado cigarrillo, lo encendió pensativamente y luego le dio una fuerte chupada. De súbito señaló a Garfield con un dedo no demasiado limpio, y exclamó:

—Usted es Grant Garfield, ¿verdad?

—El mismo. ¿Cómo lo ha adivinado usted?

—Creí haberle reconocido, y lo he estado comprobando en la oficina. ¿Sabe usted, señor Gar-

field? Ahora siento más interés por usted que por esa patética y asustada rubia que canta lo mismo que una vaca rizaría el rizo.

—¿Cómo cantaría usted si su novia hubiera sido asesinada?—preguntó Patricia, con los ojos pelegrosamente brillantes.

—No muy bien, desde luego, lady Graham—contestó Randall, volviéndose hacia ella con una sonrisa en los labios.

Patricia guardó silencio durante un momento, y Garfield dijo:

—Esta vez se equivoca usted, amigo. Esta joven es la señorita Harding.

—No nos peleemos por pequeños detalles, señor Garfield—repuso Randall—. Como he dicho antes, me interesa usted.

Garfield llenó la copa de Patricia.

Patricia sonrió, y bebió champaña, el cual hizo que sus ojos destellaran como zafiros.

—Claro que no, querido—repuso la joven—, a menos que Randall nos pueda decir quién mató al novio de Roxy.

Garfield dedicó a la joven una elocuente mirada, y dijo:

—Estoy seguro de que Randall no tiene más idea de la que tenemos nosotros. En todo caso, ésa es una tarea que debemos dejar a la Policía.

—Muy cuerdo, amigo mío—replicó Randall—. La Policía es vieja en su sabiduría, pero estúpida en sus métodos. Mas un asesinato, Garfield, ¿qué importancia tiene para ella? Yo he calculado que cada vez que sufre una indigestión, que prácticamente ocurre después de cada comida, es asesinada una persona. Muy pocos asesinatos son inle-

lena platinada es demasiado notable para que mi menguada inteligencia se abstenga de hacer suposiciones. Sospecho que todo obedece a que en el horizonte se otea una monumental pieza de caza. Ahora dígame de qué se trata.

—Mi querido amigo—repuso Garfield—, no tengo la menor idea.

—¿No se conoce usted a sí mismo, señor Randall?—preguntó Patricia, mirándole con interés.

Randall la miró pensativamente, y luego llamó al camarero.

—Tráigame una botella de esa bebida gaseosa a la que usted llama cerveza, y otra botella de champaña para esta gente rica.

Patricia batió palmas.

—¡Muy bien dicho! ¡Grant, estamos siendo sobornados por la Prensa nada menos que con champaña!

—El "Daily Post" puede permitirse fácilmente un gesto así—afirmó Randall—. Pero estoy seguro de que el amigo Garfield permanecería inmovilizado aunque yo vertiera el champaña en cascada escalera abajo.

—No me gustaría que sucediera nada semejante—masculló Garfield—. ¿Qué anda usted persiguiendo, Randall? Supongo que es inútil decirle que probablemente yo sé menos que usted.

—Completamente inútil. Observo que es usted un perfecto hipócrita, y por esta razón merece usted todos mis respetos. Tiene miedo de decirme que sabe que una figura legendaria, conocida con el nombre de Bryan Kane se encuentra detrás de todo, y que incluso miembros del hampa de Londres tiemblan ante ese nombre. Tiene usted miedo de decir algo, porque cree usted que yo lo volcaré todo en las páginas de la infecta Prensa. Pero yo he sabido hace algún tiempo que un crimen sin nombre, algo realmente monstruoso, se está preparando, y, sin embargo, William Wilson Randall ha permanecido mudo. ¿Por qué? Porque no quiero poner sobre la pista a ninguno de los rivales. Permaneciendo callado podré ser el primero en dar la noticia cuando la historia comience. Y ahora parece que está a punto de comenzar. He aquí por qué debe usted tener confianza en mí.

Garfield, a quien no escapó la expresión de sorpresa y curiosidad que asomó al rostro de Patricia, sonrió para sí y se volvió hacia Randall.

—Seguramente debería usted contar todo eso a la Policía—dijo.

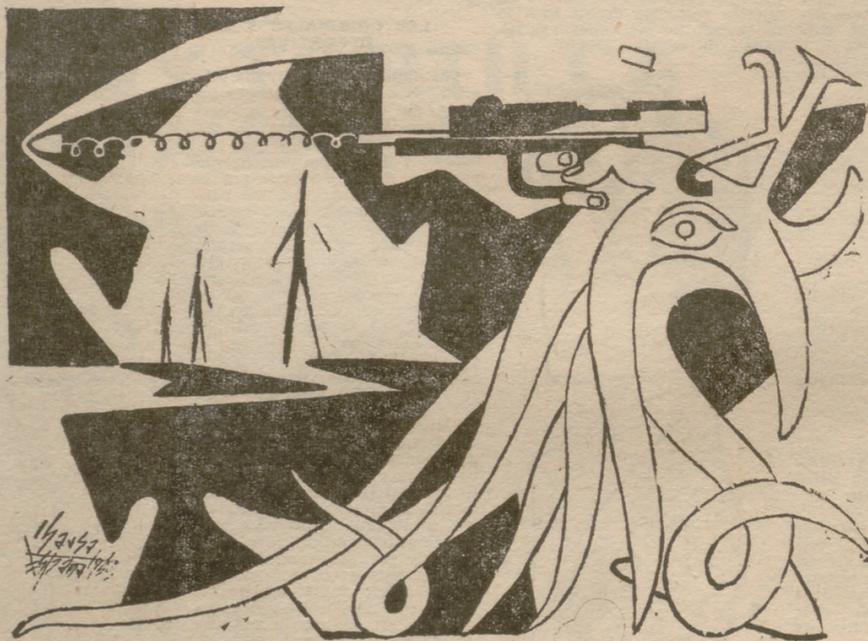
—Los hábiles y execrables tipos de Scotland Yard intentaron cubrirme de ludibrio cuando discutí el asunto con ellos, contestando que, a su juicio, lo que yo decía no era más que un cuento de hadas. El asesinato de Robin "el Murciélago" ha sido sólo un incidente entre componentes de una pequeña banda de ladrones. Pero yo sé que mentan, aunque, por lo general, no intentan engañarme. Las relaciones entre nosotros son buenas. El intento de ahora de echar tierra sobre mis ojos puede tener sólo un significado. Algo gordo está al caer. Y he aquí que yo, al seguir a la melancólica rubia, la encuentro en compañía del conocido Garfield, que tan a menudo se halla donde está la complicación mayor.

—Este hombre es un genio—exclamó Patricia—. Te está retratando de cuerpo entero, Grant. Y, al parecer, no te queda otro remedio que aceptar el reto y hacer frente a esa gran complicación, sea cual fuere. ¿Qué es eso de una figura legendaria? ¿Se refiere usted al señor Kane? ¿Tiene ese Kane algo que ver con Caín, el que mató a Abel?

Randall la miró un momento, mientras subía y bajaba sus espesas cejas. Luego cogió su vaso de cerveza y empezó a beber a grandes y ruidosos sorbos, que dominaban el rumor de la música. Los sorbos se hicieron más ruidosos, y en el intervalo

(Continuará.)

(Publicada con autorización de la Colección "El Buho".)



—¿Por qué razón siente usted interés por mí?

—preguntó.

—Tan pronto como le vi aquí sospeché que estaba desperdiciando mi tiempo al perseguir a esa acongojada rubia para que me soltara sus confidencias regadas con lágrimas. En el instante mismo en que esa desolada criatura se dejó caer en la silla y miró con inexplicable anhelo los salvadores ojos de usted, comprendí que no debía pescar el pez pequeño, sino la ballena. Así que llamé a la redacción y refresqué mi memoria, siempre perezosa. Nos ha provisto usted de excelentes historias en el pasado, señor Garfield, y estoy persuadido de que ahora lo va a hacer de nuevo.

—¿Y quién le persuadió a usted?—inquirió Garfield, mirándole con curiosidad.

—Mis fuentes de información son tan sagradas como un templo.

—Pues su información es inexacta—repuso Garfield—. Yo estoy aquí pasando una agradable velada en compañía de mi novia, que da la casualidad que conoce a la señorita Tristram. Esto es todo lo que hay. Y ninguno de los dos tenemos el menor deseo de vernos mezclados en ninguno de los excitantes relatos que usted escribe, ¿verdad, Pat?

resantes, a menos que nosotros, los de la Prensa, nos cuidemos de hacer que lo parezcan. Indudablemente, el asesinato de un ladrón no tiene ninguna consecuencia en sí mismo, con todo el debido respeto, señorita Harding, hacia su lacrimosa amiga, a menos que le rodeen determinadas circunstancias que lo hagan sugestivo. En este caso, esas circunstancias existen. Lo sé. Y también lo sabe usted, Garfield. Y por la cara que pone, deduzco que también la señorita Harding lo sabe. Espero que esa pobre cantatriz ignore que la señorita Harding está mezclada en el asunto.

—Lo que usted dice puede ser verdad—contestó Garfield—. Pero es usted muy poco juicioso al asustar a la señorita Harding hablando de estas cosas delante de ella.

Patricia le pisó un pie por debajo de la mesa.

—¿Quién está asustada, Grant?—preguntó la joven—. Yo no lo estoy. Haga el favor de seguir, señor Randall. Me fascinan sus palabras.

—Tengo intención de seguir, señorita Harding. La repugnancia de Garfield es una actitud suya bien conocida. Insisto, señor, porque la asociación entre usted, la señorita Harding—sé quién es ella, naturalmente—y esa desesperada muchacha de me-

Noticia y crítica de ARTE

LA GRAN EXPOSICIÓN DE MANUSCRITOS Y PINTURA EN EL PALACIO DE CISNEROS

La gran historia de los pueblos se forma y se justifica con las pruebas que en feliz unión artística ahora muestran en las salas de oscuros y altos arcos del Palacio de Cisneros el buen entendimiento de Bélgica y España. La magnífica Exposición de manuscritos y pintura puede calificarse de excepcional, pues excepcionales son los libros miniados, tapices y esculturas que se exhiben en una demostración de la fuerza espiritual de dos pueblos tan unidos en la Historia.

Es el glosón histórico del certamen la llamada en la clásica nomenclatura de la Historia del arte: "Herencia de Borgoña", y de ella y sobre ella escribe así el prologuista belga de la Exposición: "Si Europa es y fué en la Historia, el evoca y representa todavía una realidad histórica, se debe a que Europa es sobre todo un afán, una comunidad espiritual: es esa voluntad de Occidente que desde la alta Edad Media ha deseado realizar esa Ciudad de Dios que San Agustín describió en la más célebre de sus obras."

Y esa gran razón de ciencia y presencia se evoca ahora en el Palacio de Cisneros, y nunca pudo tener certamen tan atrayente mejor advocación que aquella que le otorga quien hizo posible la "Biblia poliglota".

Toda la producción artística de una gran época se ha reunido con manuscritos miniados, tapices, cuadros y esculturas, dándose

preferencia a las ilustraciones miniadas, ya que son las que mejor describen el estado espiritual de una época y también pueden informarnos, fuera de su realidad histórica, de la libertad de concepción y de expresión de que gozaban los artistas, en tal grado que la Exposición es un exponente magnífico de todas las tendencias que están hoy en vigencia, lo cual es excelente demostración de que la verdadera tradición nunca empieza en reglamentaciones formulistas, tan contrarias al sentido no sólo español, sino europeo, del arte.

Esta Exposición, con sus libros abiertos tras las vitrinas de iluminados cristales, puede enseñar ¡todavía! a tanto "tradicionalista" razones y sinrazones de la pintura. El tema es tan sugerente que tenemos que abandonarlo, aunque no sin haber dedicado un pensamiento a todos los que por falta de imaginación y, desde luego, de preparación cultural desconocen la larga y ancha Historia del arte, y a los que deseamos de todo corazón que pongan su mirada sobre las ilustraciones de los Beatos—alguno de ellos expuesto también en fecha no lejana—, y que al compás de la meditación del Apocalipsis, que tan certeramente describió el de Liébana, contemplan las consecuencias plásticas de la pintura que lo ilustra.

Pero volviendo a la Exposición, apuntemos, insistiendo, en que es la época de Borgoña la que forma el fundamento del certamen, y que son restos de las fabulosas bibliotecas los que mantienen el mayor interés. Entre obras expuestas se hallan el Bre-

viario y el "Libro de horas" de Felipe el Bueno, las Historias de Carlos Martel y Carlomagno, y luego, como manifestaciones de la maestría de los maestros flamencos solicitados de todas las cortes de Europa, se encuentran en la lista de manuscritos los "Libros de horas" de Carlos VIII de Francia, de Francisco I de Francia, de Enrique VII y Enrique VIII de Inglaterra, de Doña Juana de Aragón y algunos otros que tuvo en sus manos imperiales el César Carlos V.

La cita anterior del Beato de Liébana nos lleva a recordar que fué el Apocalipsis el tema iconográfico más tratado en la Edad Media, y que este tema—como no podía menos de suceder—es de origen español, y no sólo por el fraile de Liébana, sino por una larga serie de tratadistas religiosos y escritores diversos, que dieron larga ocasión para las manifestaciones más bellas de la pintura desde el caso—muy posterior—de Jáuregui hasta estos maestros que ilustran los Beatos que han cedido para este certamen la Biblioteca Nacional y la Academia de la Historia. Se hallan colocados ambos ejemplares al pie de un tapiz del Apocalipsis, y recuerdan que para dibujar los cartones del célebre ta-

piz del Apocalipsis—actualmente en Francia, y acaso el mayor del mundo en dimensiones—buscó en ellos su inspiración el autor de los cartones: Hennenquin de Bruges, el artista flamenco de Angers.



"La Degollación de los Inocente", siglo XV. (Biblioteca de Lieja.)

anza, ya que el tiempo daba probabilidad a la coincidencia, como al revés hubo de haberlo entre manuscritos orientales—persas principalmente—y artistas de Flandes. Pero quede esa constante de los vasos comunicantes

del arte en nebulosa para afirmar la trascendencia artística de esta Exposición, que contiene, entre tantos valores, otros de índole espiritual.

M. SANCHEZ-CAMARGO

Viaje a una sala de fiestas

1.-PROLEGOMENOS

Uno es joven y no pudo conocer los cabarets de antaño, pero algo ha oído sobre ellos. En Logroño, mi pueblo, había uno de estos lugares de perdición. Según el testimonio de los más ancianos de la localidad, la suprema diversión consistía en llevarse al Maipi—que así se llamaba aquel lugar—una lata de sardinas en aceite, en comerse las sardinas y en arrojar el resto a la señorita que opositaba a la pedagoga—la llamo así porque me han asegurado que enseñaba más que nadie—constituía una de las más regocijantes diversiones. Me han contado que muchos señores, después de llenar de aceite de sardina el escote de aquellas cabareteras, se morían de risa. No sé lo que habrá de cierto en estas historias. Pero yo fui anoche a un cabaret de hogaño—ahora se llaman "salas de fiestas" o "boites", lo cual es mucho más fino y mucho



más falso—y ni me he muerto de risa ni nada. Al contrario: lo pasé muy mal. Por eso escribo este "Viaje a una sala de fiestas": porque entiendo que prestaré un gran favor a los señores que no han viajado nunca a un sitio así y que, por esta causa, sufren horrores.

Voy a relatar, en este primer capítulo del viaje, los primeros momentos del mismo. Esos momentos en los cuales los amigos de uno, gente ducha en materia de diversiones y de juergas, se divirtieron y se juerguearon bastante imaginando todo lo que nos íbamos a divertir y a juerguear.

Hablemos primero del movimiento de traslación... Si; las salas de fiestas auténticamente divertidas están muy lejos. Tuvimos que contratar los servicios de un taxi. Dado que la "boite" del demonio caía en el mismísimo extrarradio, el viaje fue carísimo. Como pagábamos a escote, no lo notamos mucho. Ni el taxímetro ni lo que vino después... Esto, lo que vino después, fue la entrada a la sala de fiestas. Una entrada extraña, ya que no se paga el derecho de acceso al local, sino lo que uno va a injerir una vez instalado en él... Adquiridas las entradas, tuvimos que pasar por el guardarropía. Hacía calor y no llevamos abrigos ni gabardinas ni sombreros; pero mis amigos, perfitísimos en materia de diversiones, me aseguraron que todo el mundo, incluso la señora del guardarropía, tenía derecho a vivir. Convencido, dejé sobre el mostrador mi chaleco de punto, única prenda de la que podía despojarme sin quedar impresentable.

Por fin, tras estos divertidos prolegómenos, desembocamos en una sala llena de señoritas rubias, pero poco, y de caballeros calvos, pero mucho. (Quiero decir que señoritas había doce y caballeros doscientos.) Un señor de smoking, muy atento, tomó a pecho la tarea de colocarnos en una mesa que él llamaba "discreta" y que yo traduci por "situada en un rincón y detrás de una columna en la cual había apoyado un camarero". Se saltó con la suya—aunque no sé qué diablos pintaba la discreción en aquel lugar—y nos sentamos muy serios, pero decididísimos a divertirnos horrores.

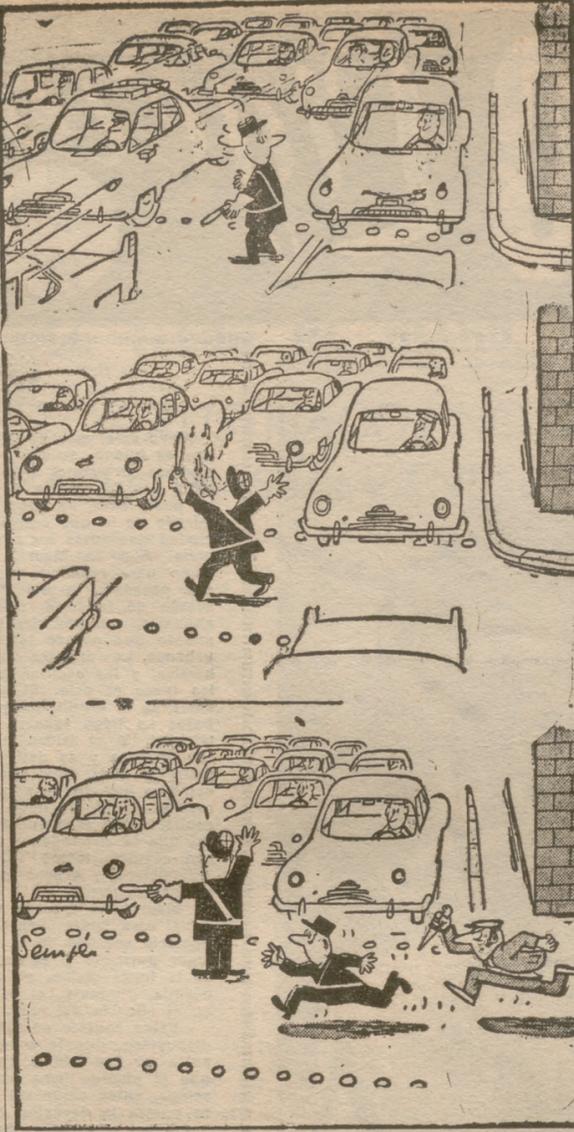
El camarero que se apoyaba en la columna se dignó recobrar la vertical y se acercó a nosotros para exigirnos los papeletos que nos habían dado en la entrada. Una vez que se los entregamos, nos obligó a pedir algo. Yo, que aunque no tengo úlcera duodenal tengo el vino triste, pedí un vaso de leche fría. Es lo que mejor me sienta: la leche me eleva la moral; me siento nutrido y capaz de reirme como nadie. Pero todos mis amigos, y también el camarero, se echaron las manos a la cabeza:

—Pero... ¿cómo vas a tomar un vaso de leche? ¡Aquí se viene a divertirse!

Atendi la indicación y, sumiso, solicité del mozo una copa de coñac francés, de "Napoleón" exactamente. ¡Nunca lo hice! El camarero me informó de que eso era pedir golterías, dado que el precio de mi entrada no daba derecho a tanta diversión. Total: que, como a mis amigos, me trajo un vaso de medio litro de agua ligeramente enturbiada por una raja de limón y una gota de ginebra.

Me tomé el extraño brebaje de un trago—los malos tragos cuanto antes se traguen, mejor—y me dispuse a divertirme y a juerguearme. Pero esto lo contaré el sábado que viene, querido lector. Perdóneme ahora: tengo que acostarme rápidamente con una bolsa de hielto en la cabeza. El viaje a la sala de fiestas me dejó bastante pachucho.

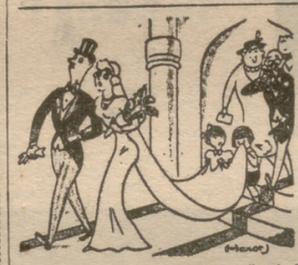
RAFAEL AZCONA



Sin palabras



—¡Asesino de niños!... ¡Asesino de niños!...



—Gustavito, ¿no hay pañuelo?



—Y no olvide usted el respeto que debe a estos signos distintivos, por muy pequeños que sean.



EGIPTOLOGOS
—¡No hay duda! Esto quiere decir: "¡Atención! ¡Pintura fresca!"



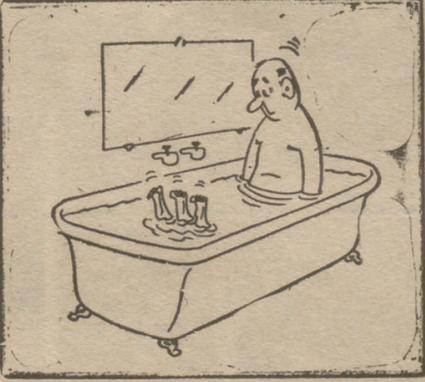
—¡Me acaban de echar aceite! ¡Vaya usted a buscarme un quitamanchas!



Platillo volante



—¡Reclamación!...



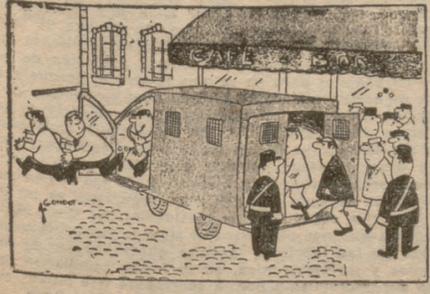
Perplejidad



—Do, litros...



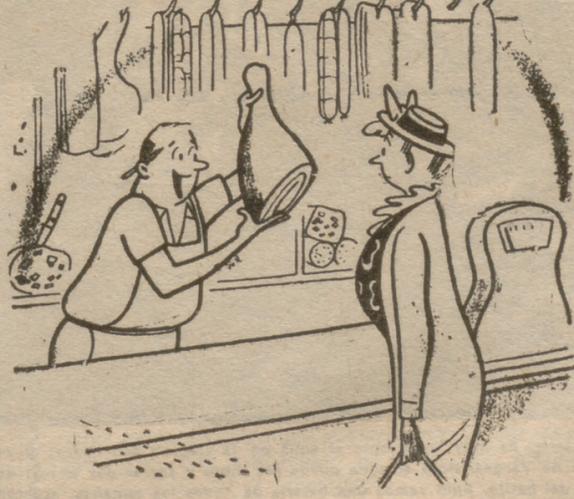
—¡Déjalo!... ¡Es su mujer!...



Sin palabras



—Yo le estaba describiendo... el hermoso... el hermoso... florero chino que tanto te gustaba.



—¿El hueso muy grande? Vuelva la señora dentro de media hora y tendrá a su disposición una radiografía.



Sin palabras

MUNDO Ligero



¡Calentitos! ¡Calientes! ¡Rosquillas del Santo! Frente a la ermita, el aceite se hace incienso y la voz pregón. San Isidro vigila desde la atalaya de su hornacina toda esta algarabía popular que festeja sus fechas. Y un viento suave barre las nubes, y el sombrero de paja trae un presentimiento de sol sin freno, a estos días indecisos, que no acaban ni de alumbrar al Santo ni de llorar por él



Los botijos se alinean en batería. Es muy importante el agua en la vida de San Isidro; el agua que cubre ese brocal pequeño, centro y razón del patio de Iván de Vargas. Pero el agua puede ser libre y correr por el río; quieta, y refugiarse en el lago; o prisionera, y ganar frescor dentro del botijo. Aquí vemos una batería de todos los tamaños, esperando el agua que llene su interior y que tome de la sombra el regalo y el reposo. Y que se ofrezca, después, como de la fuente del Berro, aunque proceda de cualquier caño de la vecindad

"Las fiestas de San Isidro tienen este año inusitada brillantez." (De los periódicos.)

Mayo es el mes de Isidro. Isidro es bueno, sencillo, y se da siempre al pasmo; por eso camina por las calles de Madrid un poco lento, un poco ido, admirado de lo que creció aquella ciudad que antes era apenas caserío. Aún en Madrid quedan, como para recibirle, alguna de sus posadas: la del Peine, el Mesón de la Cava, caliente de animales, con ese aire de Nacimiento que poseen los establos urbanos. Los arrieros cuidan sus bestias, y las cepillan para que les luzca el pelo. El mesonero enciende el candil, porque a los bajos no llegó todavía la electricidad. Y el Isidro llega con sus alforjas y se detiene en el patio, y mira, enmarcadas, las estrellas que dieron cúpula a su camino cuando se llegó hasta la capital desde esos pueblos señeros que la circundan y que tienen castillos, como Torrejón y Villaviciosa, y grecos en las iglesias, como Illescas, y escudos sobre la cal, todos como piedra en harina.

Madrid ha crecido mucho, sí; ha crecido por los campos que araron los ángeles a aquel otro Isidro, Santo y patrón, que se arrebataba cuando las campanas llamaban al misterio sagrado de la misa. El sencillo Isidro sentía encenderse el corazón con un amor purísimo si el bronce volteaba los vientos de la Pradera. Y caía de hinojos y todo se le hacía olvido, y los bueyes le miraban, inmóviles, con sus ojos cansinos, donde dormía, diminuto, el paisaje. Los ángeles, entonces, araban los campos, hincando la reja en el silencio del rezo, e Isidro veía así realizada su labor "como los propios ángeles".

Estos ángeles compadres del Santo son típicamente madrileños: ángeles alegres y bien dispuestos, que le echan una mano a cualquiera en un apuro, y más si cualquiera resulta ser San Isidro. En realidad, Isidro, buen servidor y cumplido como bueno, era eso que el pueblo llama un bendito de Dios; tan bendito, que se llevó a los altares, y allí le vemos, entre columnas que doró Churriguera, con su aire ingenuo de imagen ante la que se postra la devoción bullanguera de las romerías.

Sobre esta tierra, San Isidro hizo fructificar la semilla; dió surco a la tierra y sudor al surco; supo ser, a la vez, criado y dueño. Esta llaneza hidalga de Isidro es también la llaneza de Madrid, que os sirve, como un gran señor, ganando calidad con ello. Estos días de fiesta, Madrid engalana sus patinillos, cruza de guirnalda las calles menestrales, con nombres de viejos gremios—Platerías, Cuchilleros, Bordadores...—, y pone a los pies de los cruceros ramos sencillos, con flores de ermita. Y canta, y ríe, y se reúne en las tertulias, graves y picantes a la vez, que alumbró el candil de Ramón de la Cruz. Y en sus nuevos edificios, en los pisos catorce y quince, que casi alcanzan ese agujerito nostálgico que un madrileño bienaventurado se vió en obligación de hacer para no perderle de vista, estalla de alegría y entona esa música, girada en ladrillo, que Madrid, Madrid, lanzó a todas las orquestas del mundo.

(Dibujo de Serny.)

M. P. A.



No hay fiesta sin mujer, o, por lo menos, es una fiesta triste. Y sobre el fondo de las cerámicas, por la pradera que Isidro aró con angélica, y envidiable, colaboración, la belleza de las mujeres se impone, merecedora siempre de esa forma de madrigal, pasado por lo popular, que se llama pipopo. Se dice eso de "De Madrid al Cielo, y un agujerito para verlo". Nosotros confiamos en que lo que se ve principalmente desde ese agujerito celestial reservado a los madrileños, como en un gran telón de boca desde donde nos espían los actores para ver si la sala presenta buen o mal aspecto, es un panorama femenino, de mujeriego de la calle de Alcalá o de "gatas" del Manzanares. Madrid se siente orgulloso de sus mujeres, con cierta celosa exclusión de todas las restantes de España; pero en esto se equivoca, porque si Madrid disfruta de tales bellezas es porque aquí se funden los varios tipos de las diversas provincias españolas. Madrid es como un gran crisol a donde aporta una gracia peculiar cada una de las regiones periféricas, ya sea la firme y elástica belleza de las catalanas, el gracioso seso andaluz o la dulce "fala" galaica. Todo esto se mezcla y funde en Madrid, y de esa fusión surge un tipo sin par de mujer: el de la madrileña, que es un poco como decir la mujer española. Los partidarios del Gran Madrid, los que aspiran a que nos oscurezca el cielo la sombrilla negruzca del humazo de las fábricas; los que gustan hablar de rodamientos a bolas y de electrónica, en el fondo cambiarían todas esas bellezas del maquinismo por la sonrisa de una mujer, cualquier tarde de éstas, en una terraza de la Castellana...